LA INMORALIDAD CIENTIFICA,

o el cuchillo de la cocinera

Por Víctor García

Los teóricos del anarquismo que nos legaran a las generaciones actuales su cuerpo de doctrina social, depositaron excesivas esperanzas en la ciencia. El que más énfasis desdobló en ello fue Kropotkin, hombre volcado a la ciencia con tanta devoción como al anarquismo. Esta dicotomía científico-social causó gran impacto en los anarquistas españoles e internacionales, surgiendo de ello la *creencia* que, con categoría de axioma, ha llegado hasta nosotros: la ciencia es la mejor aliada del anarquismo.

Pocos se atrevieron a discutirle a Kropotkin su optimismo, bien que algunos, con excelente visión de las cosas y de los hombres, salvaguardaron para las generaciones futuras un anarquismo que no tuviera que estar totalmente hipotecado a la ciencia. Pensamos al decir esto, en Malatesta, uno de los pocos que, todo y siendo un gran amigo de Kropotkin, se atrevió a ladrarle a la cueva al gran sabio eslavo.

El optimismo de Kropotkin no había sido una creación espontánea suya. No olvidemos que los filósofos del siglo XVII habían situado a la ciencia y a la técnica en una condición cimera para la solución de los problemas humanos. La condición humana, según los enciclopedistas y sus coetáneos, se beneficiaría gracias a la ciencia y al tecnicismo, y esta creencia distó mucho de ser efímera, ya que perduró hasta el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, cuando esta conflagración puso en evidencia que la ciencia y la técnica no aportan obligadamente el bien y la salud sino Hiroshima, Nagasaki, el napalm y los cultivos bacteriológicos.

Hasta entonces ciencia era sinónimo de progreso en la acepción rosada del vocablo. Marcelino Berthelot preveía que el progreso de la química sintética resolvería, con unas pocas píldoras, el problema de la alimentación entre los estratos más desheredados; Pierre Curie decía con toda la sinceridad del mundo que era inútil preocuparse por las cuestiones sociales: la ciencia lograría establecer un exceso de productos que la humanidad no llegaría a consumir; los utopistas, transitando en el deslinde de la ciencia y la imaginación, preveían un régimen de vida en el que, gracias a la ciencia y a la técnica, el hombre debería dedicar dos o tres horas al trabajo y disponer del resto de su jornada para su ocio y sus inclinaciones.

Enfocado en otros términos el tema nos lleva a dividir la ciencia -y la técnica- en dos períodos: la ciencia enmarcada dentro de una ética y la ciencia amoral que, al parecer, es la que predomina en detrimento de los humanos.

La ciencia es un instrumento que puede ser utilizado para hacer el bien o para hacer el mal. Joliot-Curie, haciendo referencia al poder de la energía nuclear que no tiene que ser necesariamente destructor,